

Isaías Carrasco trabajaba como cobrador en la autopista AP-1, era hincha del Athletic y solía ir a Zamora, al pueblo de sus padres, para disfrutar de los toros y la Semana Santa

Un «hombre libre» en el peaje

J. GÓMEZ PEÑA

Hasta las pasadas navidades, era fácil saber cuándo trabajaba Isaías Carrasco. Bastaba recorrer con un vistazo las cabinas del peaje de la autopista AP-1 en Bergara. Si le tocaba turno, junto a su taquilla de cobrador había siempre un automóvil estacionado. Un obrero escoltado. Esa sombra protectora desapareció medio año después de que el ex concejal socialista dejara su silla en el Ayuntamiento. «Lo hablamos mucho con él», relata Blanca Roncal, también edil del PSE. Trataron de convencerle. ETA ataca al blanco más desprotegido, le decían. Era una diana fácil. Atajo de sangre. «Pero Isaías estaba cansado de llevar escolta. Por su

familia...», prosigue Roncal. También José Luis, uno de sus amigos, discutía con él por eso. «Me respondía que él era un hombre libre».

No se había acostumbrado a ser otro ciudadano, un concejal con guardaespaldas. «Isaías era un compañero, un amigo, un tío del barrio», define José Luis. Durante cuatro años tomaron vinos juntos al lado de los escoltas. A su sombra. Enrejados por el temor. Ayer no. Ya no había vigilancia. Tenía sólo 46 años: tanto por delante. «Media hora antes estábamos echando unos tragos. Justo hoy –por ayer– me ha traído una caja de vino, de La Rioja, que allí tiene una caravana. Venía de comer en casa y marchaba al peaje,

a trabajar». A las 13.30, a la hora desolada, sonaron cinco tiros. Aire sin ruido. El relámpago que precede al trueno, el tiempo para una pregunta. ¿Quién ha sido? Isaías. «Me guardaré esa caja de vino. Pero no para brindar por él, sino para cuando cojan a los cabrones que han hecho esto», avisa José Luis.

Isaías era una de las voces de la calle Navas de Tolosa, una esquina proletaria de Mondragón. Hileras de pisos con apellidos venidos de Andalucía o, como su familia, de Castilla, de Morales de Toro (Zamora). Allí nacieron sus abuelos y sus padres, en tierra roja de vino. Isaías no. Su paisaje infantil fue siempre el que ayer le vio morir: Mondragón. El padre

(ya fallecido) había dejado el campo por un buzo en el Taller Asan. Isaías creció en la calle Aramaio, paralela a Navas de Tolosa. A patadas. Al balón. Era hincha del Athletic. Por edad vivió en la adolescencia los últimos títulos rojiblanco. La euforia de la gabarra. Y fue futbolista en el equipo del barrio, el Pedrusco.

Delantero centro

«Era un delantero centro correo», recuerda uno de sus compañeros de plantilla. En el Pedrusco también empezó Andoni Zubizarreta. Fútbol regional, entusiasta. «Era la pimienta de todas las reuniones. Simpático, risueño». Ya entonces iba a algunos entrenamientos su novia, María

Ángeles, embarazada de su hija mayor, Sandra. Isaías fue un padre joven, con apenas 26 años. María Ángeles es hoy una viuda prematura. Ayer, ella y Sandra le vieron morir en su barrio, el de San Andrés.

Fue un viernes pautado, como todos. El camino de siempre, tan fácil de espiar: por la mañana acompañó al crío a la escuela, luego un rato de bares con la cuadrilla, comida temprana y al peaje desde las dos de la tarde. No llegó. Cinco detonaciones sonaron mal, a terrorismo. La esposa y la hija mayor escucharon el horror desde la ventana. Una ventana a gritos. Abajo, escena glacial. Isaías Carrasco, tirado en la calle. Con la sangre a la vista, con la vida



DEPORTISTA. Isaías, en el centro, con la elástica del Pedrusco, el equipo de fútbol de su barrio en el que jugó de delantero centro. / HOY

CARTA A UN AMIGO

EL PUEBLO DE ISAÍAS Y DE 'TXOMIN'

ÓSCAR RODRÍGUEZ VAZ PARLAMENTARIO VASCO Y SECRETARIO GENERAL DEL GRUPO DEL PSE-EE

Nunca olvidaré la que probablemente ha sido la mayor manifestación que jamás ha vivido Arrasate-Mondragón. Realmente no fue una manifestación, fue una tenebrosa marcha para acompañar el cadáver de Domingo Iturbe Abasolo, 'Txomin'. Acaban de cumplirse 21 años de aquello, pero nunca conseguiré borrar de mi memoria la fea tarde en la que en

Arrasate-Mondragón se apagó la luz. La marcha transcurría en un silencio ensordecedor, sólo roto esporádicamente por 'goras' ('vivas') a ETA. Imagino que todos los que no estaban en la calle aquel día permanecían en sus domicilios, a oscuras, sin arnar jaleo, apenas sin hablar, invadidos por una especie de miedo ante la avalancha de gente que tomó las calles de nuestro pueblo para homenajear a un san-

guinario terrorista.

Recuerdo que mi prima Mónica y yo nos escapamos del calor de nuestra familia, que permanecía a oscuras en torno a la mesa de la cocina, a presenciar aquella marea humana por el pequeño hueco entre las persianas cerradas del salón de su casa. Yo tenía 10 años y ella 9. Ella fue la que me llamó ayer a las 13.41 horas para decirme «Cariño, es Isaías, hay mucho jaleo.

Por favor, cuídate».

Sólo desde la realidad de este pueblo guipuzcoano, desde la terrorífica anormalidad y el silencio miedoso que situaciones como la arriba descrita imponen aún hoy a sus ciudadanos, se puede explicar que una persona de carne y hueso, sin especiales facultades pero con muchos complejos, infinita cobardía y demasiado miedo a sí misma pueda pegar tres tiros a quemarropa a otra persona. Y que aún no sepamos nada de quién ha podido ser el responsable.

No puedo dejar de pensar en la familia de Isaías. En su familia de

sangre, en su mujer, en sus hijos. Y en la familia con la que probablemente más horas pasó en los últimos años, la socialista. No puedo dejar de pensar en García, en Benítez, en Lanas, en Peña, en Rodríguez... En tanta gente que ha dejado lo mejor de sí para sostener la democracia. Porque sin ellos hoy no habría democracia en Euskadi. Porque hoy hay democracia en Euskadi por gente que, como Isaías, ha sacrificado lo más preciado, sus familias, los mejores años de sus vidas, para garantizar que incluso quienes atentan contra la libertad o quienes les amparan ten-